

La prensa y la censura
León Trotsky
29 de noviembre de 1912

(Versión al castellano desde “La presse et la censure”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 190-194; también para las notas. Publicado *Kievskaja Mysl'*, número 331, 29 de noviembre de 1912.)

En la actualidad, la prensa búlgara, como el resto de la sociedad, es una mera sombra de lo que fue. De los quince periódicos impresos en Sofía, sólo siete siguen publicándose, y solo dos conservan la misma paginación: *Mir*¹ y *Bălgarija*. *Mir* es el órgano de los *narodnjaci* y, por tanto, hoy es el órgano oficioso de Gešov y Todorov. El principal inspirador del periódico es Pejev, ministro de educación, uno de los publicistas más hábiles de Bulgaria. Por el contrario, *Bălgarija* era el periódico de la otra mitad del gobierno, los *tzankovistas*. Lo dirige el Dr. Spisarevskij, que se pasó de los socialistas a los *tzankovistas* hace tres años. Desde la semana pasada, *Bălgarija* ha reanudado su publicación con la misma paginación que antes: cuatro páginas de pequeño formato, mientras que al principio de la guerra salía a mitad de tamaño.

*Utro y Reč*² salen a primera hora de la mañana. Son hojas sensacionalistas de sesgo estambulovista y radoslavovista. Los pregoneros de estos dos periódicos, muchachos de entre siete y quince años (la mayoría en edad escolar), despiertan a toda la población del centro de la ciudad a las seis de la mañana con sus gritos frenéticos. *Večerna Pošta* se publica por la tarde en colaboración con *Reč* y *Dnevnik*, el suplemento de *Utro*. *Dnevnik Novini*³ sale a mediodía y se diferencia de los cuatro periódicos ya mencionados sólo en la hora a la que sale la tipografía.

Kambana, periódico *libre* socialista, republicano y nacionalista libre, ha apoyado en los últimos tiempos a la Organización Revolucionaria de Macedonia y también ha luchado incansablemente a favor de la guerra. Fue *Kambana* quien difundió por toda Europa el falso rumor de que el 11 de octubre 40.000 soldados turcos, junto con príncipes y pachás, habían sido capturados en Lozengrad. Incluso se dijo que un buque de guerra turco había sido hundido, a no ser que se tratara de las profundidades de la fantasía de este periódico. Su circulación fue suspendida por el comandante local porque había impreso *priturkas* sin permiso de la censura. Por la misma época, el director, Christo Stanchev, se alistó en la Legión Macedonia, por lo que *Kambana* dejó de publicarse sin causar grandes pérdidas a la patria ni a la humanidad.

*Preporec*⁴, el órgano del partido democrático, había dejado de publicarse antes del comienzo de la guerra, pero no por dificultades técnicas, como la falta de máquinas tipográficas u otras cosas por el estilo, sino por razones políticas. “Hemos arriado la bandera de nuestro partido”, dijo el líder de los demócratas, el Sr. Malinov, “para izar la bandera del país”. No es difícil adivinar el significado político de este gesto. Sin embargo, la guerra sigue siendo un gran interrogante y los partidos de la oposición, no sólo aquí sino también en Serbia, intentan no estorbar al gobierno. Al contrario, ofrecen su cooperación. Pero se resisten a asumir responsabilidades. Por el momento, y dadas las circunstancias actuales, consideran más apropiado abstenerse de airear sus opiniones. Al dejar de publicar su órgano de prensa, el partido democrático se ha quitado de encima la necesidad de apoyar al gobierno en todo o de contradecirlo sobre muchos problemas.

Otras publicaciones de la oposición también cerraron durante el mismo periodo. Las razones son casi idénticas. Semjon Radev, director del estambulista *Volja*, abandonó

su ferviente pluma de publicista para tomar un lápiz de censor no menos enérgico. *Narodni Prava*, el órgano radoslovovista, ha dejado de publicarse. *Balkanskaja Tribuna*⁵, periódico “independiente” próximo al ala izquierda de los *narodnjaci* (el partido de Geov), también ha abandonado el campo.

Dos periódicos socialistas también se vieron obligados a suspender su publicación: *Narod*, órgano del partido *unificado*, y *Rabotničeski Vestnik*⁶, órgano del *tesnjaci*. Al comienzo de la guerra, ambas publicaciones aparecían dos veces por semana; apenas quedaba nadie para escribir, maquetar o corregir erratas, porque tres cuartas partes de los trabajadores habían sido reclutados por el ejército. Además, hay que recordar que en esta ciudad estaba vigente la ley marcial y que la administraba un militar. Los editores de *Rabotničeski Vestnik* habían sido convocados a la oficina del comandante y se les había informado, en la vigorosa lengua búlgara, de los peligros que corrían si seguían publicando. No me corresponde a mí juzgar hasta qué punto las nuevas disposiciones del comandante se ajustan a los apartados de la constitución búlgara. El hecho es que el periódico ha dejado de publicarse por el momento...

No está de más, en este contexto, volver al tema de la censura militar, fuente inagotable de discusiones y quejas de los corresponsales acreditados.

Muchos influyentes periódicos europeos han descrito con complacencia la censura y a los respetables maestros, profesores universitarios, profesores de latín y poetas líricos que, en interés de la patria búlgara, se han convertido en truculentos censores. Si yo hubiera estado en el pellejo de los censores, debo admitir que probablemente también habría albergado la convicción de que el secreto de las victorias militares residía en el uso desenfrenado del lápiz rojo. Pero, como no soy un censor sino un periodista sometido a la censura, iré en contra de la opinión dominante en estos periódicos europeos y diré que, en mi humilde opinión, la censura búlgara no está perfectamente organizada.

Al principio, se permitía telegrafiar no sólo los boletines oficiales del estado mayor, sino también nuestros artículos, a condición de que se especificara que estos últimos no eran informes oficiales. Estas condiciones iban de la mano de las exigencias de una crónica concienzuda y las cumplimos sin protestar. En las dos últimas semanas, las normas han cambiado radicalmente: está prohibido telegrafiar cualquier tipo de informe relativo a operaciones militares. Nos informaron, de buenas a primeras, de que cuando la censura permite que se difundan noticias, también asume la responsabilidad de su credibilidad. Esta nueva función de la censura, no sólo vigilar a los corresponsales para evitar que informen de hechos perjudiciales para las operaciones militares o cualquier otro interés del estado, sino también garantizar que esas noticias digan “la verdad y nada más que la verdad”, la acogimos como una manifestación exagerada de la preocupación de la censura por la integridad moral de los corresponsales y el enriquecimiento espiritual de los lectores de periódicos europeos. Sin embargo, tuvimos que acatarlas. Estas nuevas normas nos han liberado de la carga de comprobar las noticias que enviamos. Desde entonces, cuando los censores nos dan permiso para enviar un telegrama, podemos estar seguros de que contiene “la verdad y nada más que la verdad”. Si el telegrama es interceptado, significa que la noticia es falsa.

En dos ocasiones, nos encontramos en una situación desagradable precisamente a causa de este procedimiento. A principios de noviembre, recibimos la vaga noticia de que el ejército búlgaro había hecho retroceder a los turcos hasta Çatalca, por el flanco derecho, y derrotado a Nâzîm Pacha en el centro. El telegrama que contenía esta noticia no había pasado por el censor. Por lo tanto, estábamos convencidos de que la información era falsa. Pero el 3 de noviembre, los rumores se hicieron más claros: la línea de Çatalca había sido rota y el ejército turco dividido. Los búlgaros estaban a punto de avanzar y la entrada del rey Fernando en Constantinopla estaba prevista para el 5 de noviembre. Todos los

corresponsales corrieron a la oficina de censura. Esta vez, los mensajes fueron aceptados sin demora. Así que ¡era verdad! No necesitábamos comprobar las noticias ni presentarlas con las precauciones habituales. Es cierto que decepcionamos a la opinión pública durante dos días enteros, pero fue con la colaboración activa de los censores militares y creemos que hay que decirlo.

Quisiera plantear otro problema que no se refiere directamente a la censura, pero que de alguna manera está relacionado con ella.

La constitución búlgara no prevé en absoluto la censura. No es de eso de lo que quiero hablar, aunque los responsables de la censura, en su deseo de desempeñar un papel decisivo en el éxito del ejército búlgaro, no duden en ignorar los artículos civiles de la constitución del país. Pero no quiero entrar en eso otra vez. A fin de cuentas, no es asunto mío, aunque tenga mi opinión al respecto. Sin embargo, sea cual sea la tesis de cada uno sobre la necesidad o no de la censura, es, en cualquier caso, una espina clavada en el costado de la democracia política. Será difícil quitarse esta espina más adelante, y el punto podría permanecer atascado durante mucho tiempo. Sin entrar en metáforas, no estoy nada convencido de que después de la guerra, e incluso después de las negociaciones de paz, el gobierno considere posible volver inmediatamente a las condiciones anteriores de total libertad de prensa. En general, no es un problema introducir medidas de emergencia, el problema es revocarlas. Después de la guerra, no faltarán pretextos para *amordazar* a la prensa: las nuevas provincias, las relaciones inestables, la falta de fiabilidad de los elementos extranjeros de la población (griegos y turcos), etc.

Hay que señalar que la introducción de la censura no ha provocado ninguna reacción por parte de la oposición patriótica. Más bien al contrario. De hecho, además de los estambulovistas, los demócratas radicales también están trabajando por la censura. Parece que se encargan de introducir *reglas temporales* y draconianas para controlar la prensa sin ningún pudor. No les preocupan las posibles consecuencias políticas, y ni siquiera se les pasa por la cabeza la idea de que la responsabilidad de la censura debería recaer sobre quienes decidieron los hechos que requieren esta censura. Todo esto es posible no sólo por el entusiasmo patriótico circunstancial, que impone silencio y cautela política a la crítica democrática, sino también por la falta de formación de una conciencia democrática de los antagonismos. Si la duda, como decía Robespierre, es la virtud suprema de la democracia, entonces esta virtud está todavía en pañales en Bulgaria.

Ya he tenido ocasión de escribir sobre ello⁷. Por el momento, la democracia búlgara es, en esencia, todavía muy primitiva. Es una democracia de la vida cotidiana, basada en relaciones sociales que aún no se han desarrollado en clases bien definidas. Al carecer de una base en el seno de las clases privilegiadas, la reacción búlgara es débil: se ve obligada a transigir constantemente con las medidas liberales, al menos las que coinciden con las exigencias de europeización del estado y la economía búlgaras. Por otra parte, la democracia búlgara, aquejada de una falta de educación histórica y de grandes tradiciones, no ha desarrollado ni un verdadero olfato ni una intransigencia política. La reacción puede ser como un león sin garras ni dientes, pero la democracia no tiene la aguda vista del águila ni siquiera sus alas. Pero que quede claro, la causa de todo esto no radica en el carácter nacional de los búlgaros, sino en el atraso de las relaciones sociales.

Los radicales búlgaros no dudan en *sermonear* a la izquierda rusa. La acusan de “falta de sentido práctico”, de “utopismo” y, más precisamente, de incapacidad para comprender la cuestión balcánica en sus particularidades y generalidades. (Y. N. Čilivov ya ha escrito al respecto). No pretendo, por el momento, determinar hasta qué punto esta crítica tiene fundamento. Sin embargo, hay que decir (ya sea para su honor o para su vergüenza) que la izquierda rusa nunca, bajo ninguna circunstancia, aceptaría el papel de censor. Los grandes obstáculos históricos que se han interpuesto en el camino de la

izquierda le han enseñado la virtud de la duda. También creo que la izquierda rusa no tiene nada que aprender a este respecto de los radicales y las *prácticas* búlgaras. La historia política de nuestros respectivos países es demasiado diferente. Por lo tanto, creo (y es una idea que ya formulé no hace mucho en estas columnas) que la guerra provocará muchos cambios, incluso en las relaciones políticas búlgaras, y que hará necesaria una nueva evaluación de muchos aspectos. Gracias a dios, la reacción búlgara podrá adquirir garras, quizá no las de un león, pero lo suficientemente afiladas. Y la democracia búlgara (o los elementos genuinamente democráticos) aprenderán algunas buenas lecciones políticas de la historia...

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ *El mundo*. N. E.

² *La mañana, El discurso*. N. E.

³ *Correspondencia de la tarde, El diario, Las noticias diarias*. N. E.

⁴ *La bandera*. N. E.

⁵ *La voluntad, El derecho del pueblo, La tribuna de los Balcanes*. N. E.

⁶ *El pueblo, La revista obrera*. N. E.

⁷ Ver al respecto los artículos “[Un país atrasado](#)”, “[El parlamentarismo búlgaro](#)” y “[Democracia y absolutismo](#)”, en esta misma serie de nuestras EIS.